

Adelante, ¡contradígame!

Filosofía en conversación

Ger Groot

sequitur

Madrid, Buenos Aires, Ciudad de México

Índice

Palabras sabias. Introducción 7

ATENCIÓN

Las promesas del arte
Conversación con Hans-Georg Gadamer 13

Mirad los lirios del campo
Conversación con Leszek Kolakowski 25

Aplazar la pregunta
Conversación con Cornelis Verhoeven 37

CIVILIZACIÓN

Emociones de segunda mano
Conversación con René Girard 55

El amor es el fundamento de la civilización
Conversación con Julia Kristeva 73

No sólo compasión y tolerancia
Conversación con Alain Finkielkraut 85

HEROÍSMO

Haz lo que quieras Conversación con Fernando Savater	95
El valor de ser incoherentes Conversación con Rüdiger Safranski	114
El arte de despreciar la muerte Conversación con Michel Onfray	130

DIOS

Una fe débil Conversación con Gianni Vattimo	147
Dios no es Hamlet Conversación con Alvin Plantinga	164
Poco a poco católico Conversación con Theo de Boer	180

LITERATURA

Ampliar el espacio de la imaginación Conversación con Paul Ricoeur	201
Un humanismo bien temperado Conversación con Tzvetan Todorov	212
Orquídeas silvestres Conversación con Richard Rorty	229

POLÍTICA

El arte de la inseguridad Conversación con Charles Taylor	247
El poder estatal es un lugar vacío Conversación con Claude Lefort	263
El sujeto de teflón no existe Conversación con Stephen White	274

Palabras sabias

Introducción

Conversar con un filósofo suele ser una agradable experiencia. Los filósofos son interlocutores amenos. Les gusta explicarse, son oyentes atentos, argumentan con placer y no temen a réplicas que puedan desmentir sus afirmaciones. "¡Adelante, contradígame! ", dice en la primera de las entrevistas incluidas en este libro el filósofo alemán Hans-Georg Gadamer, para el que "el arte de conversar, también *consigo mismo*, constituye la fuerza del pensamiento". "Me gusta llevarle la contraria", añade, "conversar es eso".

En las dieciocho conversaciones que integran el presente libro casi nunca se llegó a entablar una discusión acalorada. La polémica no es un género en el que la filosofía se desenvuelva con facilidad, pues suele conducir a posiciones involuntariamente parciales, más que a una comprensión y un juicio equilibrado. En este caso lo importante era precisamente esa comprensión: llegar a una idea clara de lo que los dieciocho filósofos a los que se ha entrevistado piensan sobre temas tan dispares como el arte, Dios, el amor, la sociedad multicultural, lo bueno de la vida o la esencia del Estado.

Aunque cada una de las posiciones defendidas es controvertida, la controversia no es el propósito de este libro. Al lector le corresponde decidir si considera excesivamente superficial el pragmatismo de Rorty, funda-

mentalista la fe en Dios de Plantinga o ingenua la ética de Savater, o si la conversión religiosa de Vattimo le parece una cuestión de moda.

Las conversaciones giraron en torno a temas sobre los que cada uno de estos dieciocho filósofos tiene algo que aportar: fue una búsqueda en común, en la que entrevistado y entrevistador se esforzaron por dilucidar juntos, mediante el intercambio de preguntas y respuestas, algunas de las cuestiones que desde siempre han interesado a la filosofía. Esto no supone que, en esta búsqueda, la réplica no fuera útil. Antes bien, a menudo la réplica ha permitido cristalizar una idea e, incluso, poner de relieve hasta qué punto era más ambigua de lo que su enunciado hacía suponer. Es raro que una respuesta filosófica convierta en superflua la pregunta a la que responde. Siempre queda algún aspecto imprevisto o alguna ambigüedad sin resolver, que hace que la respuesta nunca pueda llegar a ser definitiva. No sólo en la conversación, sino también en el alma de cada filósofo, habitan sombras que la luz sólo logra alargar, y los buenos filósofos lo saben.

Los dieciocho retratos que se esbozan en estas conversaciones —en ocasiones en forma de diálogo, otras como un mosaico de declaraciones, citas y descripciones, y casi siempre como una mezcla de ambos géneros— son impresionistas y en absoluto pretenden ser definitivos. A veces se centran en una o dos ideas del entrevistado, otras siguen toda su trayectoria vital de forma más panorámica, aunque no por ello menos fragmentaria. En la mayoría de los casos, el motivo concreto que está en el origen de estas conversaciones —la publicación de un libro o de una traducción, una conferencia o el abandono de la profesión para pasar a la jubilación— ha tenido una influencia decisiva sobre ellas.

La filosofía, por mucho respeto que pueda imponer esta palabra, es más la suma de una serie de acontecimientos que un gran proyecto, aunque la actual cultura universitaria se empeñe en convencernos de lo contrario. Probablemente sea la más caótica de todas las ciencias y mantenga por eso una posición incómoda en los márgenes de la vida científica. Si bien casi todos los entrevistados trabajan (o han trabajado) en la universidad, parecen hacerlo más por necesidad que por convicción. Fernando Savater se denomina a sí mismo "un intruso en la universidad", porque incumple deliberadamente las exigencias académicas, despertando la desconfianza de sus colegas universitarios. Pero hay que decir que esta situación, más que subrayar la inadaptación del filósofo, pone en tela de juicio la vida académica, que parece no saber acoger en su seno a sus pensadores más influyentes.

Si la filosofía tiene derecho a la existencia, no es por el debate académico que mantienen entre sí los filósofos universitarios, sino porque tiene algo que decir a la sociedad y a los ciudadanos. A diferencia de las ciencias puras, la filosofía no puede ofrecer resultados de investigación con aplicaciones técnicas, como la navegación espacial, cuyos frutos (la sartén de Tefal, por poner un ejemplo) han hecho más llevadera nuestra vida cotidiana. Por otra parte, a diferencia de las ciencias sociales, poco de lo que nos enseña la filosofía sobre la conducta humana puede utilizarse para que la rígida maquinaria social funcione mejor. La filosofía dispone únicamente de palabras y pensamientos, que sólo son efectivos y reales si son compartidos por el mayor número posible de personas.

Esto no quiere decir que los filósofos no puedan entregarse a sus propias inquietudes, a veces exóticas y anacrónicas. Cornelis Verhoeven que, durante años y a contracorriente, se dedicó a la contemplación personal, fue precisamente por eso una fuente de inspiración para muchas personas, entre ellas los estudiantes universitarios de la década de los ochenta del siglo pasado, pero por el mismo motivo era considerado un pensador acientífico y marginal. Eso tampoco significa que los filósofos no puedan hablar entre sí sobre su disciplina con toda la jerga que caracteriza a los iniciados. Esos debates aportan ideas nuevas y evitan que se vuelva a inventar de nuevo la rueda. Ahora bien, esa jergonza de los despachos universitarios y las revistas internacionales es sólo el primer paso. La filosofía sólo consigue verdaderos resultados cuando éstos llegan a oídos del público, pues sólo de esta manera puede llegar a hacerse realidad.

Así, no es casual que la mayoría de las conversaciones incluidas en este libro hayan estado destinadas en primer lugar a periódicos o revistas, y que los pensadores entrevistados se hayan seleccionado en base a su vigencia en estos medios de comunicación. Aunque se pudiera objetar que esta selección se haya hecho atendiendo a los imperativos arbitrarios de la actualidad, el criterio utilizado tiene fácil defensa, pues se podría decir que si una filosofía no logra resultar interesante en un periódico, cabe preguntarse hasta qué punto podrá serlo en otro sitio.

Esto explica asimismo por qué la selección realizada no es representativa de la filosofía universitaria actual. Los entendidos advertirán sin duda la escasa presencia de la filosofía analítica. Por muy útil e inspiradora que haya sido en el último siglo esta corriente filosófica, ahora parece exhibir –como constató Richard Rorty en su libro *Forjar nuestro país*– las carac-

terísticas propias de una deriva escolástica en la que se debaten acaloradamente problemas que sólo son considerados como tales por quienes la practican. Quizá esta filosofía pueda consolarse al ver cómo el deconstruccionismo (principalmente el norteamericano) ha caído presa, aún con más rapidez que ella, de los conciliábulos internos. Por eso tampoco se ha incluido en este volumen a los representantes de esta corriente.

Seguro que faltan muchas otras tendencias o filósofos que merecerían estar en estas páginas. Sin duda, Martha Nussbaum con su estimulante interpretación de la literatura clásica y moderna hubiese encajado perfectamente en esta galería de retratos, o el interesante pensamiento social y ético de Alisdair MacIntyre. Los espíritus más exactos lamentarán la ausencia de filósofos lógicos, los cuales con la *fuzzy logic* –lógica borrosa– y la lógica dialógica están mucho menos apartados de la vida real de lo que parece. Otros echaran en falta a pensadores ajenos al ámbito de la civilización occidental y los críticos más finos se quejarán de la escasa representación de las mujeres.

No hay que dar excesiva importancia a esta selección, surgida en parte por la influencia de determinadas circunstancias y también, sin duda, por ciertas preferencias del autor. Pero esto no significa que dicha selección sea puramente casual. Está evidentemente impregnada de los avatares del tiempo, los cuales no sólo imprimen carácter a la vida en general sino también a la vida filosófica en particular. Eso que se llama "filosofía" no es una unidad, ni tiene una dirección propia y menos aún un programa. Ahora bien, la filosofía, como no cesa de reflexionar sobre sí misma, es capaz de justificar su propia diversidad. Así pues, a lo largo de estas conversaciones irán perfilándose algunas tendencias importantes, gracias a la sensibilidad que mantiene a la filosofía –en la medida en que quiere ser una *conversación*– atenta a las inquietudes del mundo que le rodea. Es asombroso el lugar que ocupa la religión para muchos de estos pensadores, tanto si la abrazan o la rechazan como si pretenden transformarla. No menos asombrosa es la importancia que muchos conceden a la literatura como complemento necesario de la filosofía, que parece adquirir así conciencia de sus propios límites, sin perder por ello entidad.

Si estas dieciocho conversaciones son en algo representativas de la situación actual de la filosofía, es justamente en su carácter casual. De siempre, la filosofía ha sido una cacofonía que se resistía a todo intento de poner orden en ella, pues todo lo que ganaba en claridad lo perdía en relevancia.

La filosofía se ha convertido en una espina para la universidad moderna, en la que la virtud de la sabiduría se ha trocado por los méritos de la científicidad. Pero si desterramos la filosofía de la universidad, esa cacofonía será presa de la vehemente charlatanería que la ha despojado de su actitud autocrítica para convertirla en un mero éxito comercial. La universidad haría bien en tolerar esta mancha en su blasón científico, sin pretender borrarla recurriendo a productos de limpieza cáusticos. Eso redundará en beneficio de la universidad y de la filosofía, la cual seguirá siendo lo que siempre ha sido: una conversación confusa, pero no disparatada, en la que como –en las entrevistas que aquí se presentan– se pronuncian de vez en cuando algunas palabras sabias.

Ger Groot

profesor de filosofía en la Erasmus Universiteit de Rotterdam
y colaborador de filosofía de *NRC Handelsblad* y
De Groene Amsterdammer.